



OTRO MUNDO ES URGENTE

Carta de Ernesto Cavassa SJ

Presidente de la Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina

Este fin de mes, en Belem do Para, se desarrollará el noveno Foro Social Mundial que reunirá una vez más a todos aquellos, hombres y mujeres de buena voluntad, que consideran que “otro mundo es posible”. Durante el pre-foro, siguiendo la tradición de encuentros anteriores, un “día ignaciano” reunirá a los que participan en las diversas redes apostólicas ignacianas y que están aportando, desde nuestra espiritualidad y misión, a una propuesta que vaya más allá de la mera protesta. La crisis financiera actual, que envuelve de un modo u otro a todos los países, está clamando por otro mundo ya no sólo posible sino urgente.

La crisis, según todos los análisis, tiene su origen en el mercado inmobiliario norteamericano. Los ciudadanos de a pie nos enteramos de ella en setiembre pasado, mes en el que ocurren dos hechos impactantes: la bancarrota de algunos de los más importantes bancos de inversión y el anuncio por parte de la Reserva Federal americana de un plan de rescate para salvar de la quiebra al gigante de las aseguradoras. Luego vinieron los continuos subibajas de las bolsas y los millones de dólares y euros procedentes del erario público colocados en bancos, compañías de seguros y otras empresas para intentar impedir la agravación de la crisis.

La magnitud de ésta es tal que ha llevado a Joseph E. Stiglitz (economista jefe y vicepresidente senior del Banco Mundial 1997 – 2000 y Premio Nobel de Economía 2001) a decir que “la caída de Wall Street es para el fundamentalismo de mercado lo que fue la caída del muro de Berlín para el comunismo”. Hay que notar, con algunas ONGs europeas, que “esta situación ha desviado la atención de otras crisis igualmente relevantes para la estabilidad mundial y que afectan directamente a las vidas de cientos de millones de personas: las crisis alimentaria, climática y de derechos humanos”.

Los gobiernos de los países latinoamericanos se apresuraron a decir que la crisis no les tocaría, intentando levantar la confianza perdida. Es demasiado pronto para adelantar ese juicio dado que los entendidos no se atreven a señalar con exactitud su magnitud ni a pronosticar su duración. Sin embargo, parece claro que ella va a repercutir en nuestras economías al menos en los siguientes aspectos: la mengua de las remesas, el descenso de la inversión extranjera, la disminución de las exportaciones a los países ricos, el desempleo consecuente y la probable reducción de la ayuda al desarrollo, como ya ha ocurrido anteriormente en crisis similares. Un documento elaborado en noviembre pasado por el Consejo Pontificio “Justicia y Paz” alerta precisamente sobre los desastrosos efectos que puede tener la crisis en el tema de la financiación del desarrollo si se olvida que, en un mundo globalizado, ésta no puede considerarse algo secundario sino parte componente de la solución.

La agilidad mostrada por los países desarrollados para impedir el colapso de las instituciones financieras, producido por la avaricia y la codicia de unos pocos, contrasta enormemente con su lentitud en materia de ayuda al desarrollo, lucha contra la pobreza, respeto a los derechos humanos y al medio ambiente, las prioridades centrales para construir un mundo más justo.

No es difícil deducir que quienes más sufrirán las consecuencias son los pobres de siempre. Para ellos esta sumatoria de crisis, la mayor después de la recesión del 29, es una cuestión de vida o muerte. Basta ver quiénes padecen las continuas catástrofes ambientales que están afectando a varias regiones del planeta debido al cambio climático. El alza de los productos alimenticios ya ha significado un golpe fuerte para muchas economías frágiles. El desempleo está atacando duramente a los más vulnerables (los campesinos, los migrantes, los jóvenes) y va a aumentar conforme se agudice la recesión. Se sabe, además, que son pocos los países que van a poder honrar sus compromisos financieros para alcanzar, el año 2015, la meta establecida en el primer Objetivo del Milenio que es “erradicar la pobreza extrema y el hambre”.

La crisis económica no tiene que ver, pues, sólo con números. Detrás de éstos se encuentran personas que van a sufrir las consecuencias de la tesis ciega e irresponsable de que el mercado se auto-regularía por sí solo y evitaría los desajustes que ahora resultan evidentes. En el caso de una recesión económica prolongada, como se teme cada vez más, los migrantes, refugiados, habitantes de la periferia de las ciudades, jubilados y otros sectores de población en continuo riesgo se verán sometidos a situaciones insostenibles. No sería extraño, entonces, que se produzcan expresiones colectivas de descontento social que podrían llevar a los gobiernos a optar por la vía fácil de la represión abierta o solapada. Mientras tanto, los verdaderos responsables de esta situación, los presidentes y CEOs de los bancos hundidos y sus protectores en las funciones públicas, se encuentran gozando de una sustanciosa jubilación.

La crisis actual es, ante todo, una crisis ética, una crisis de valores. No sólo han quebrado bancos; se ha roto la confianza que hace posible las relaciones entre las personas y las instituciones, incluso las financieras. Lo que nos ha llevado a esta situación no es la ganancia legítima, fruto del trabajo orientado a la producción de bienes (materiales o de otra índole) útiles a la sociedad, sino la absolutización del lucro como criterio último y único de la actividad económica, sin reparar en las consecuencias que este ídolo pueda acarrear en otros, particularmente en los más débiles. La crisis que ahora padecemos repite y expone una de las prácticas más inmorales del sistema capitalista: se privatizan las ganancias; las pérdidas, en cambio, se socializan.

Hace doce años, los provinciales jesuitas de América Latina publicaron un documento de trabajo titulado [*El neoliberalismo en América Latina*](#) que, ante la situación actual, recupera actualidad. Se decía entonces que detrás de la racionalidad económica que se suele denominar neo-liberal existe “una concepción del ser humano que delimita la grandeza del hombre y la mujer en la capacidad de generar ingresos monetarios. Esto exagera el individualismo y el afán de ganar y poseer, y lleva fácilmente a atentar contra la integridad de la creación. En muchos casos desata la codicia, la corrupción y la violencia. Así, al generalizarse en los grupos sociales, destruye radicalmente la comunidad”.

La factura, según el mismo texto, siempre la paga el más pobre: “Esta sutil y atrayente concepción considera como normal que nazcan y mueran en la miseria millones de hombres y mujeres del continente incapaces de generar ingresos para obtener un nivel de vida más humano. Por eso los gobiernos y las sociedades no experimentan el escándalo frente al hambre o a la incertidumbre de multitudes desesperanzadas y perplejas ante los excesos de quienes, sin pensar en los demás, abusan de los recursos de la sociedad y de la naturaleza”. ¿Será que la magnitud de esta crisis nos puede hacer reaccionar, “experimentar el escándalo” y preguntarnos entonces si no hay otro modo de convivencia en el que todos quepamos sin exclusión de nadie?

“La marginación de los pobres del planeta sólo puede encontrar instrumentos válidos de emancipación en la globalización si todo hombre se siente personalmente herido por las injusticias que hay en el mundo y por las violaciones de los derechos humanos vinculadas a ellas” responde Benedicto XVI en [su mensaje por la XLII Jornada por la Paz](#) de inicio al inicio de este año.

Como toda crisis, ésta puede ser también una oportunidad. Aunque sea necesario cubrir los agujeros generados por la codicia de unos pocos, es más necesario aún colocar en la agenda de la discusión el sistema de valores que los han provocado y que fundamentan hoy el capitalismo realmente existente. Se requiere, en este mundo interconectado, imaginar nuevas alternativas globales basadas en la dignidad de toda persona y el respeto a sus derechos inalienables, en la justicia social y el desarrollo sustentable, en una economía social de mercado que limite la concentración de la riqueza y abra posibilidades de desarrollo integral para todos. La situación actual reclama con urgencia la elaboración de un nuevo pacto social, realmente global, fruto de un diálogo multilateral que incluya a los gobiernos, las iglesias y las organizaciones de la sociedad civil.

En esa tarea, la Compañía de Jesús y sus colaboradores en la misión deben tener una participación activa desde las redes apostólicas en que se encuentran. “Encontrar la vida divina en las profundidades de la realidad es una misión de esperanza confiada a los jesuitas” (CG 35, d. 2, nº 8). Desde hace cuatro décadas, la hemos encontrado al lado de los más pobres. Sufrientes de muchas crisis, nos ayudan “a descubrir las huellas de Dios en todas partes” -también en la crisis actual- para recordarnos, con nuestros teólogos latinoamericanos, que sus derechos son de derecho divino y que otro mundo posible sólo puede hacerse desde esta opción no opcional. Es desde ellos, signos permanentes del clamor de Dios, que decimos que ese otro mundo al que aspiramos no es sólo posible sino urgente. El año que comienza con este nuevo Foro Mundial debe ser un paso firme en esa dirección.

Ernesto Cavassa SJ, 29 de enero 2008

[Para leer el texto completo em português, clique aqui.](#)